



DE ACTUALIDAD

Don Pedro V y don José Salamanca

En la “Estoria de España” o Primera Crónica General que mandó componer Alfonso el Sabio y se continuaba bajo Sancho IV en 1289 y en el capítulo “Del duelo de los godos de España et de la razón porque ella fue destroyda” se dice entre otras cosas, esto: “E digamos agora onde le vino está cueta et este mal et por qual razón: Todos los omnes del mundo se forman et se assemeian a manera de su rey, e por ende los que fueron en tiempo del rey Vítiza et del rey Rodrigo, que fue el postrimero rey de los godos, et de los otros reys que fueron ante dellos et de quales algunos fueron alçados reys por aleve, algunos por traycion de muerte de sus hermanos o de sus parientes, non guardando la verdad nin el derecho que devieran y guardar porquexa de ganar el sennorio mal et torticieramientre como non devien, por ende los otros omnes que fueron otrossi en sus tiempos dellos formaronse con ellos et semeiaron les en los peccados; e por esta razón avivose la yra de Dios sobrellos, et desamparoles la tierra que les mantoviera et guardara fasta allí el tollio dellos la su gracia” (v. la edición de la “Nueva Biblioteca de Autores Españoles” en la pág. 314).

Así sentía y pensaba el viejo cronista español en fines del siglo XIII, que no debía de tener sentimientos verdaderamente monárquicos, a juicio de Cánovas del Castillo. Y decimos esto porque este estadista dinástico del pasado siglo español e historiador implacable de la decadencia de nuestra Casa de Austria, en sus “Estudios del reinado de Felipe IV” escribía que “los pueblos verdaderamente monárquicos distinguen siempre en que por severos que con otros sean nunca levantan ligeramente hacia sus Reyes la responsabilidad de las públicas desdichas”. Pero no creemos que el antiguo cronista de fines del siglo XIII fuese menos fervoroso monárquico que el político de

fines del siglo XIX, del que en el Manifiesto de Manzanares de 1854 estampó lo del “yugo de la tiranía”.

Es que el poder regio, hasta en las Monarquías constitucionales y en estas tanto y acaso más que en las absolutas, es mucho más que un poder moderador; es un poder ejemplificador y entonador de costumbres. Si no legisla sino con las Cortes normaliza costumbres, introduce o fomenta modas, influye poderosísimamente en las maneras públicas.

En el admirable “Portugal contemporáneo” del más grande historiador moderno que ha producido la Península ibérica, de J. P. Oliveira Martins, hay un relato de la entrevista que el negociante, financiero y arbitrista malagueño don José Salamanca celebró con don Pedro V de Portugal, aquel “romántico póstumo”, especie de Hamlet lusitano, henchido de desesperanza de ánimo y de santa pureza de intenciones. “Roiale — dice el historiador — un remordimiento inconciente que le hacía aparecer bisono y triste, con una sonrisa enfermiza en la cara, la mudéz en los labios y en la mirada algo como de sonámbulo”. Y luego: “Con ojos de pesimista, y eran estos los buenos ojos para ver Portugal, etc...” Y a este friste y puro don Pedro se acercó el banquero español con toda su picardía. “Salamanca, socarrón, afectando gravedad en su cara castellana, como un Gil Blas, oía a don Pedro, que quería lucirse”. Quería lucirse... ¡achaque de rey mozo! Pero el Gil Blas malagueño no engañó con su labia de agiotista al coronado Hamlet lusitano. Dice el historiador que “al salir el empresario sagaz que estudiando a un enfermo había visto un hombre, dijo al embajador compañero: “Dios nos libre de que este rey tuviese “los medios y el valor de sus convicciones”. ¡Pero es que al menos el rey puro y triste, el pesimista entronizado, el romántico póstumo, el discípulo del austero Herculano, el santo — porque lo fué — mártir del derumbe de su patria tenía convicciones propias! ¡Dios nos libre, digamos en cambio, de los que tengan los medios y el valor de las convicciones... ajenas! ¡Convicciones? No, sino más bien de las conveniencias de los Gil Blases y Salamancas que les ciñan. Porque entre el pesimismo del nobilísimo don Pedro V de Portugal y un optimismo de real orden que fué

la grandeza del porvenir de la patria a fástasmagóricas y megalomaniacas combinaciones financieras, hay que quedarse con aquel, ya que la base del pesimismo del ingenuo rey lusitano era una base moral. Pues fue don Pedro V un espiritualista y no un materialista de la historia; había meditado más que en la economía, doméstica y política, en la ética. Y la ética—sin papeletas de cajón— es la disciplina verdaderamente regia. Que ni un soberano ha de ser al modo del típico Margites que sabía muchas cosas, pero todas las sabía mal.

Hay una locura financiera—faramalla de improvisación plusultraista—que a las veces suele soplar sobre los pueblos desde las cimas. A su aliento brotan Gil Blases, Rinconetes, Cortadillos, don Fernando Valenzuela y hasta doña Baldomera Larra y consortes.

Se dirá que don José Salamanca enriqueció a España... ¿Enriquecerla? Acaso a su obra se deba en gran parte el que ahora se piense en disparatados proyectos de Fomento con los que se le haría al país pagar los ferrocarriles, no por lo que valen, sino por lo que costaron, debiendo haber costado mucho menos. Y ni por lo que costaron sino por aquello en que sus dueños los cotizan. Que ni los cotizan al precio de coste ni mucho menos al que debieron costar. ¡Pero es que los financieros disponen de tantos argumentos para deslumbrar a los legos! ¡Y Dios nos libre del valor de las convicciones... ajenas!

En cuanto a don Pedro V había que perdonarle el que hubiese querido lucirse ante don José Salamanca. ¡Era el buen rey lusitano tan claro y tan limpio de corazón! ¡Era tan sencillo, tan ingenuo, tan libre de dantería!

MIGUEL DE ONAMUNO

